

## VIII

No bien llegó á París Augusto Cottin, su primer cuidado fué escribir la siguiente carta:

«Sr. Marqués de Flavigny:—Un golpe imprevisto, debido á un negocio desgraciado, ha reducido á la mitad mi fortuna: creo de mi deber participároslo: decid á la señorita Blanca que, bien á pesar mío, la devuelvo su libertad y que yo me reservo sólo el derecho de ser su mejor amigo y el de V.

AUGUSTO COTTIN.»

Una hora después, un lacayo con librea entregaba á Santiago, el ayuda de cámara de Augusto, una deliciosa cartita, escrita en papel satinado, perfumada y cerrada cen el blasón de la casa de Flavigny, impreso en lacre color de lila muy claro.

Augusto se sonrió tristemente y leyó la carta, que encerraba estas palabras:

«No es el revés de fortuna que ha venido á heriros, lo que os hace renunciar á mi mano; es otro motivo, muy triste para mí, y que para vos no es nada honroso: ya sabéis que yo no os amo

por vuestra fortuna, sino sólo por vos, y que soy bastante rica para que no tema al porvenir, sea cualquiera la desgracia material que lamentéis.

»Lo que me abruma, lo que desgarrá mi corazón, es saber que lo que yo creía un capricho, ha llegado á ser en vos afición formal, aunque indigna, y que amáis verdaderamente á una actriz... bien sabéis, Augusto, que es el alma lo que yo buscaba en vos; pero acaso habéis dado también el alma á esa mujer, y acaso la suya sea digna de poseer la vuestra que tanto amaba yo.

»Sea como quiera, sabed, Augusto, que si á vos os es posible olvidar á esa mujer, yo me hallo dispuesta á perdonaros, y que jamás os recordaré que habéis renunciado voluntariamente á mí: yo he crecido amándoos: este cariño ha echado en mi alma muy hondas raíces para que quiera ó pueda desprenderme de él, y no os quiero ocultar que si no soy vuestra esposa, seré desgraciada toda mi vida.

BLANCA DE FLAVIGNY.»

Esta tierna carta trajo lágrimas á los ojos de Augusto: no se podía unir en un escrito, de una manera más encantadora, la pureza y el amor, la dignidad y la dulzura: aquella carta evocaba además una imagen de una hermosura ideal. Augusto había amado á Blanca con el entusiasmo engañoso del primer amor, entusiasmo que no por ser exagerado era menos verdadero.

—¡Oh! exclamó; ¡ojalá fuera el amor de Eva lo que me impidiese casarme contigo, mi pobre y querida Blanca! ¡si así fuera, no tendrías tú una rival muy peligrosa!... pero...

Detúvose aquí el joven sin atreverse á formular su pensamiento, y siguió midiendo la estancia con pasos desiguales.

Al día siguiente por la mañana, vino á sacarle de sus meditaciones un billete de Eva que contenía sólo algunos renglones:

«Estoy de vuelta—decía: he ido al teatro, donde he hecho *grande efecto*: como que llevaba preparado para eso un delicioso traje; sólo á mí han mirado los elegantes de Burdeos: te espero.

EVA.»

Augusto á pesar de esta carta, no salió de su casa en todo el día.

A las siete pidió la comida y se sentó solo á la mesa, lo que durante largo tiempo no le sucedía.

Terminada, se retiró á su cuarto de dormir, deliciosa habitación amueblada con rica y severa sencillez, y continuó sumergido en sus cavilaciones, que se iban haciendo cada vez más dolorosas.

¿Qué partido debería tomar?

¿Debería casarse con Blanca?

Esta le amaba y renunciaba á la fortuna que pudiera ofrecerla: le perdonaba las infidelidades

que sabía le había cometido, y se mostraba llena de generosidad.

Era además la esposa elegida por su madre, y la sola que se había prometido tener.

¿Debería dejar á Eva?

Todo lo temía del celoso despecho de la actriz, que estaba también, á pesar de su carácter frívolo, profundamente apasionada de él.

¿Sería más conveniente y más deseable para su felicidad, seguir en sus relaciones con Eva y dilatar su casamiento con la hija del Marqués de Flavigny?

Augusto no sabía qué decision tomar, porque ninguna satisfacía su corazón.

Entre aquellas dos mujeres, tan hermosas, tan codiciadas por todos los hombres del París elegante, se levantaba una sombra infantil, una niña con voz de sirena y rostro de ángel.

Era Sofía Restaud.

Dieron las nueve de la noche, y el sonido de la campanilla se dejó oír débil y medroso, en la puerta de la escalera.

Un instante después entró Santiago.

—Señor, dijo, una dama desea veros.

—¿Es la señorita Eva?

—No señor, respondió Santiago. viene cubierta con un velo.

Augusto se puso pálido.

—Condúcela aquí, dijo con voz cortada y trémula.

Atusó delante de un espejo los hermosos rizos de sus cabellos, y se acercó á la puerta para recibir á la incógnita, que apareció algunos instantes después.

Era una figura esbelta, fina, casi aérea; en el sonido de su vestido verde malva se conocía que era de rica seda; una manteleta con lazos de graciosa hechura, y un sombrerito oscuro con un velo, completaban su atavío. Un dulce perfume quedaba en pos de aquella mujer, que decía bien claro pertenecer á la más alta clase por la distinción de sus maneras y el aire de perfecta elegancia de toda su persona.

Entró con tanta timidez, que Augusto le alargó su mano con respeto y la condujo á un sillón cercano.

—Blanca, dijo al ver que ella, oprimida de turbación y de rubor, no acertaba á romper el silencio: mi querida, mi generosa Blanca, mi corazón os ha reconocido desde antes que os viera; mis ojos os reconocen ahora... yo debo daros gracias de rodillas por el honor que hacéis á esta casa, que desde hoy será un templo para mí: serenáos, Blanca, y pensad que en casa de vuestro hermano no estaríais con más seguridad que aquí...

La señorita de Flavigny alzó su velo y mostró á los ojos de Arturo un rostro de ángel, á la sazón profundamente pálido por una dolorosa emoción.

—No me culpéis por este paso indigno de mí, dijo con voz débil, y alzando tímidamente hasta

su prometido sus hermosos ojos oscuros, llenos de dulzura y de sensibilidad: os he escrito una carta, Augusto... ¿la habéis recibido, ó ha sufrido extravío, como temo?

—He recibido una carta vuestra, dijo Augusto con tristeza.

—¿La habéis leído?

—¡Sí!

—¿Y no habéis podido contestar á ella?

—Quería meditar antes mi respuesta.

—Nada tengo ya que hacer aquí, dijo Blanca levantándose con la energía de la desesperación; vuestro corazón está cerrado para mí.

Quiso dar un paso hacia la puerta, pero las fuerzas le faltaron, y hubo de apoyarse en el brazo de un sillón.

Era una frágil criatura que no llegaba á diez y nueve años, y cuyo carácter dulce y tímido no podía tomar ninguna resolución enérgica sin que su corazón se destrozase.

Blanca de Flavigny no tenía madre: educada por su padre con una ternura extrema, no conocía del mundo más que las flores, no había amado más que á Augusto, y aquel amor resumía para ella la vida entera.

—¡Blanca, por Dios, no me dejéis así! exclamó Mr. Cottin; esperad un instante... dejad que os abra mi corazón: ¡vos sois generosa y buena, estáis dotada de talento, y me comprenderéis...!

El ruido de la campanilla, que sonó nuevamen-

te, cortó la palabra á Augusto; pero aquella vez sonaba agitada por una mano fuerte y de una manera violenta.

Se oyó abrir á Santiago, y luego se le oyó hablar de una manera suplicante y contenida; una voz de mujer, delgada y musical, respondió en un diapason bastante alto, y después se dejó oír á un tiempo un paso ligero, el roce de un traje de seda, y una arieta muy graciosa y muy en boga en aquella época, que salía de una garganta femenil.

Al oír toda aquella serie de sonidos, no fué la palidez lo que vistió las mejillas de Augusto, sino un subido carmín; encendióse en su mirada la llama del enojo, y rápido como el pensamiento, se dirigió á la puerta y echó el cerrojo por dentro.

Blanca se había quedado pálida é inmóvil.

Detúvose el rumor del traje al lado de la puerta cerrada, y una mano pequeña dió dos ó tres golpecitos suaves, al mismo tiempo que una dulce voz decía;

—¡Abre, Augusto!

Este permaneció de pie é inmóvil; Blanca, trémula y llena de espanto.

—Abre, repitió la voz; soy yo, Eva; tu Eva; sé que estás ahí... no te hagas el tonto.

—No puedo abrir ahora, dijo Mr. Cottin, sin saber lo que decía; véte, Eva, y yo iré á verte luego.

—¡No me iré sin hablarte...! ¡no faltaba más!

abre; estaré aquí un rato, y luego nos iremos juntos al teatro, donde trabajo á última hora.

—Ocultáos allí, en mi gabinete de tocador, Blanca! dijo Augusto con acento suplicante.

La señorita de Flavigny fijó en su prometido una mirada centelleante y en la que se veían unidas la expresión de un agudo dolor y la de un desdén profundo.

—¡Lo ridículo de la situación os afecta de tal suerte, que os extravía! dijo; ¡yo no sabría ni quiero ocultarme! ¡abrid esa puerta ahora mismo!

Blanca señaló con un ademán lleno de majestad á la puerta cerrada.

Augusto descorrió el cerrojo sin replicar una sola palabra, y recibió á Eva con una mirada furiosa.

Esta venía envuelta en una capa de terciopelo, para preservarse del fresco de la noche; una especie de turbante de gasa blanca cubría su cabeza, y por debajo salía su rubia cabellera en gruesos y espesos rizos: era imposible imaginar una aparición más bella; entre los aéreos pliegues de su prendido se veían los mil fuegos de una rosa de brillantes, y sus ricos pendientes, asimismo de brillantes, comunicaban á su rostro, un tanto pálido y blanco como una camelia, una belleza deslumbradora.

Sin embargo, la modesta gracia de Mlle. de Flavigny, y su pura belleza, nada desmerecían al lado de aquella hermosa criatura que se llamaba Eva Favart.

—¡Ah! ¡ya! ¡ya sé por qué no querías abrir la puerta! exclamó mirando con osadía á Blanca; parece que las señoritas de la alta clase se igualan ya con las actrices.

—¡Eva! exclamó con enojo creciente el banquero.

—No necesito de vuestra defensa, caballero, dijo Blanca con dolorosa dignidad, como no necesito de la de nadie, ni aun de la mía propia; excusándome con esta señorita, sería como únicamente podría bajar algún tanto á su nivel; así, pues, decidle vos que iba ya á salir cuando ella llegó, y que por lo mismo el campo queda por suyo.

Blanca se dirigió á la puerta con paso firme; al lado de aquella puerta estaba aún Eva de pie; Mlle. de Flavigny separó su traje con la mano, del mismo modo que hubiera hecho al pasar por el lado de una persona apestada, y empleó para esta acción tanto desdén, que la llama de la cólera subió al lindo rostro de la actriz.

Esta la siguió con una mirada de rencor. Augusto, absorto, siguió no obstante á Blanca, con intención de acompañarla hasta su coche; pero Mlle. de Flavigny le hizo con la mano una señal tan imperiosa, que se quedó clavado en su sitio.

Cuando el rumor del carruaje sacó á Augusto del estado de estupor en que se hallaba, volvió á su cuarto, donde Eva le esperaba muda, inmóvil y sombría.

—Mi querida niña, le dijo el banquero, todo ha concluído entre nosotros.

—¿Todo? repitió Eva.

—Todo... y para siempre.

Reinó un largo silencio.

—¿Qué te he hecho? preguntó Eva con voz alterada por las lágrimas.

—No te amo ya.

—¿Vas á casarte con Blanca de Flavigny?

—Voy á emprender mañana un viaje que durará tres años.

El silencio volvió á reinar.

Eva esperaba una mirada de Augusto; pero en vano la esperó durante un cuarto de hora.

—Adiós, pues... le dijo, ¡y sé dichoso!

—Adiós, repitió el banquero débilmente.

Eva salió.

Todo lazo quedaba roto entre aquellos dos seres, jóvenes, hermosos, halagados por la fortuna, y que habían vivido en tan dulce intimidad.

—Mañana salimos para un viaje muy largo, dijo Augusto á su ayuda de cámara, que había entrado á recibir sus órdenes: ahora véte y déjame que trate de reposar!

## IX

Seis meses después, Mr. Restaud, sentado delante de su pupitre, escribía una larga carta; este trabajo parecía serle agradable, porque en su grave y simpático rostro se pintaba una tierna y profunda emoción.

Con el privilegio de narradores, la leeremos desde el primer renglón, para que la conozcan nuestros lectores.

Decía así:

«Hoy, mi noble y generoso amigo, he recibido vuestra carta, y no bien la he leído á mi mujer y á mi hija, tomo la pluma para contestarla atentamente.

»He visto por ella vuestro viaje á Alemania, emprendido, según me decís, para curar de una terrible enfermedad del ánimo: ¿cuál podéis padecer vos, tan bueno, tan generoso, dotado de un alma tan elevada y tierna?

»Si es verdad innegable que los que sienten mucho sufren más que las personas dotadas de un temperamento frío y egoísta, no es menos cierto que la rapidez y profundidad de sus sensaciones les proporcionan goces desconocidos para los